

TIEMPO PERDIDO

Xavier Diaz Barroso

Image not found.

Capítulo 1

MI TIEMPO ES ORO

Tac, tac, tac. "Martín Martínez Marín". Se han vuelto a equivocar. Tac, tac, tac. Tengo que enviar de nuevo toda la documentación. Su inutilidad es directamente proporcional al tiempo que creen que puedo perder. Para ellos, mi tiempo es insignificante. Tac, tac, tac, tac. Calculo que me substraen una media de ciento veintitrés minutos al día. Mi rendimiento disminuye ciento veintitrés minutos diarios porque no saben hacer su trabajo. Tac, tac, tac, tac. Una media de unos seiscientos quince minutos por semana y unos dos mil cuatrocientos sesenta minutos al mes. Tiempo perdido. Tac, tac, tac, tac. Les respondo.

"Queridos miembros del departamento de Arte Campestre de la Diputación de Girona. Solamente quería recordarles que mi nombre no es Martín Martínez Marín. Como en los más de cinco años que hemos estado colaborando, mi nombre sigue siendo Martín Martínez Martín. Siempre que tengan algún tipo de duda sobre la naturaleza de mi nombre, pueden buscar la firma de algunos de los más de veinte correos que acostumbramos a intercambiar a diario. Esa firma les despejará, de la manera más cordial y eficiente posible, cualquier incógnita respecto a mi nombre. Muchas gracias por su tiempo. Martín Martínez Martín".

Tac, tac, tac. Ese ruido me pone de los nervios. Tac, tac, tac. Hoy, el gris predomina alarmantemente en la oficina. Sí, es el tono habitual. El mobiliario, gris. La gente, gris. Las fotos que colgamos de las cenas y actividades conjuntas, grises. Nuestras tareas, grises tirando a oscuras. Tac, tac, tac, tac. La lluvia no hace más llevadero el bochornoso calor. Este Junio nos va a derretir.

Tac, tac, tac, tac. Cada uno de sus pasos acelera mi ritmo cardíaco. Me producen náuseas. Es María. Mi jefa. Tac, tac. Ojalá pudiera aspirar todo el aire las oficinas de una sola bocanada. No importa, aún así me seguiría faltando el aire.

Tac, tac, tac, tac. Ella acaba de salir de la reunión anual de objetivos. No la veo. Pero ese torpe taconeo le pertenece. Tac, tac, tac. En esa reunión deciden los objetivos anuales, redefinen las tareas y reparten las vacaciones. Tac, tac, tac. De la sala de reuniones a mi mesa se tarda unos veinte segundos. Eso significa que mis oídos soportan una media de cuarenta pasos cada vez ella que va o viene. Tac, tac, tac, tac. De todas las posibilidades, ella habrá propuesto la peor. Con diferencia.

Tac. Tac.

–Marty, acompáñame a mi oficina. Tengo que hablar contigo, cariño.

¿Te llamo yo hija de Satán? No, ¿verdad? Pues no me llamas Marty. Los apodos son para los amigos.

–Por supuesto, vamos.

Ya está. Va a joderme de nuevo. Me levanto. María y sus tac-tacs, unos cuantos pasos delante de mí. Ella es el ejemplo a seguir por todo medrador de mercadillo. Cuida más las apariencias que su productividad. Se preocupa más por sus jefes que por sus empleados. Mis compañeros me miran con ojos de cordero a punto de degollar. Hay un ascenso pendiente. Pendiente tiene a toda la oficina. Aún me lo va a dar a mí, ésta. ¿Por qué me engaño?

Cruzo la oficina. Mis compañeros, sentados en sus mesas. Con sus ordenadores y sus recuerdos. Cuchichean. Los amantes del orden tienen la mesa impecable, con cada objeto prefabricado en su lugar. Los amantes del caos encuentran el espacio suficiente para trabajar entre montañas de libros, reseñas, muestras y merchandising vario. Los cubículos se amontonan, concretos, poblando ese universo de paredes mustias o inertes que absorben la poca luz que nos llega de las ventanas. Sigue lloviendo.

Gestión cultural. Dentro de nuestros cuchitriles cuadrados, encuadramos el arte dentro de tablas de horarios, salas rectilíneas, temporadas cerradas. “Dedicamos nuestra vida al arte”, dice siempre la arpía. María. María, la arpía. Pero realmente, envasamos el arte al vacío y ofrecemos al público una hamburguesa de sentimientos que ni el propio señor McDonalds sería capaz de digerir. Ni de dirigir.

Avanzo entre los cubículos, sigo a María. María, la arpía.

Y no lo puedo evitar.

Mi mente se inunda de imágenes que naufragan por mi mente. Duelen. El matadero no queda lejos, a solo unos tac-tacs de donde me encuentro ahora.

Y recuerdo el día en que conocí a Marta.

Hará unos mil ochocientos veinticinco días que la conocí. Ella trabajaba en una tienda de ropa durante cuatrocientos ochenta minutos al día. Una de esas cadenas que poco a poco te absorben la luz y a las que, además,

acabas debiendo el alma.

Pero Marta brillaba. Por mucha energía que le chuparan los jefes, ella ofrecía un destello continuo e incandescente. Bueno, uno de ellos chupó un poco más de la cuenta, pero eso fue una noche de borrachera. Una de esas cenas de empresa en las que los límites y el decoro profesional se engullen antes de llegar a los postres. Bien por ellos.

Yo buscaba unos pantalones que disimularan mi complexión de tirillas. Cuando la vi, esa misión imposible quedó relegada a un segundo plano. Su rizos rubios acompañaban, solemnes, su carita de ángel. Aquellos ojos marrones destacaban más por su fuerza que por su color. Y me habló:

–¿Te puedo ayudar en algo? –claro, ¿te puedo hacer un hijo?

–No, gracias, solo estoy mirando –balbuceé de la manera más triste posible.

–Pues si no te importa, te acompaño mientras miras. Nunca sabes cuando vas a necesitar ayuda –Pues claro, a ver. Entre mis necesidades más inmediatas primaba quitarle la ropa, estamparla contra el espejo del probador y hacerle el amor hasta que se nos acabara el aire.

Y finalmente me ayudó. Aunque de otra manera. Ambos teníamos veinticinco años. Sin comerlo ni beberlo, nuestros caminos se cruzaron. Recuerdo lo bien que le quedaba aquel vestido blanco. Sin duda, una pieza de ropa muy lista. Su inteligencia era tal que se adaptaba magistralmente a cada una de las curvas de aquel prodigio de la naturaleza. Su escote provocaba unos cuantos incendios al día en los pantalones de la mayoría de los hombres que pasaban por la sección.

Me acompañó y empezamos a mirar ropa. Quince minutos después, había comprado dos jerséis, dos camisas, una camiseta y varios complementos más. Totalmente necesarios. Después de pagar, tan sólo atiné a decir:

–Perdona, a lo mejor quieres comer. Bueno, seguro que a la hora de comer quieres comer. Lo que quiero decir es que si te gustaría comer o cenar conmigo. Si quieres, vaya. –Y cero, coma, cero, cero, tres segundos después, dijo que sí. Marta nunca pierde el tiempo.

Ay, la dulce y tierna Marta. Podríamos haber envejecido juntos. Haber compartido los dieciocho mil doscientos cincuenta días que, según la media, nos quedaban de vida. Podríamos haber cuidado de nuestros nietos mientras nuestros hijos se esclavizaban por un contrato mileurista o el equivalente a la moneda con la que paguemos en unos años. Pero ya lo dicen los pseudofilósofos modernos: el amor no es eterno. Ni tierno. Más bien es semicurado. Siempre surgen problemas, bifurcaciones. Ah, sí, y que ayer, después de mil ochocientos veinticinco días de amor, pasión y

devoción, me la encontré en la cama con mi mejor amigo.

Yo la amaba. Hará unos mil cuatrocientos sesenta días mis padres murieron en un accidente de coche. Calcinados. Entierro a tumba cerrada. Tan cerrada que atascó mi cordura. Llevábamos trescientos cincuenta y dos días de noviazgo. Me entró el pánico. Yo era huérfano. Esa palabra que parece ajena a tu mundo. Sí, huérfano es el que no tiene padres. Y normalmente piensas en un niño pequeño, rubito, que va sucio y vende diarios por la calle. Imagen cortesía del imaginario cultural americano embasado al vacío. Pero ese no era mi caso. Tenía veintiséis años, no tenía dónde caer muerto y, de repente, toda mi seguridad vital se fue al garete. Huérfano. Sin padres.

Así que le pedí que se casara conmigo. Monté una cena en casa, en el suelo, con todo el comedor lleno de velitas aromáticas. Había tal mezcla de olores que creo que en algún momento me mareé. O me coloqué. O ambos. Y se lo pedí. Fue un momento mágico, en el que florecieron sentimientos incontrolables.

Y en cero, coma, cero, cero, tres segundos, ella se negó. No tuve tiempo de reacción. Ella no creía en el matrimonio. Es una institución arcaica creada para subyugar a la mujer. Es una PYME pensada para esclavizar a la pareja dentro del sistema. Pues ayer, bien que te subyugaba Marcos por detrás. Sí, no era un dioscurso nuevo. Lo había oído entre 30 y 40 veces. Pero imaginé que, en el momento, después de mi discurso y mi genuflexión, le haría ilusión. Por suerte, no nos casamos. Y ella lo arregló con su recurrente frase:

-Del uno al diez te quiero mil.

Y, bueno, nos embarcamos en el único compromiso que está por encima de los lazos de aquello que Dios puede llegar a unir. Una hipoteca. Mueren mis padres y me ato a un piso como si la vida me fuera en ello. Huérfano. Sin padres.

Nuestro ADN está programado para que esparzamos nuestra semilla tantas veces como podamos. Pero mis padres me modificaron esa secuencia genética. En mis genes, existe la necesidad de casarme, tener hijos, pagar un plan de pensiones y morir en un hospital rodeado por mis nietos. Tardas diez segundos en enumerar todo eso. Tienes toda la vida para cagarte en sus consecuencias. Mis padres me programaron para ello. Viva la clase media.

Y no tengo nada de eso. Parece propio de una galaxia lejana.

Y, mientras me acerco al despacho de María, María la arpía, me sigue

faltando el aire.

Nos metimos en una hipoteca bonita, a diez mil novecientos cincuenta días, y no encontramos las perdices por ningún lado. Puedo decir que nuestros sueldos oscilaban entre la mierda y la mierda y cuarto. Pagar una barbaridad durante diez mil novecientos cincuenta son muchos días. Tantos como treinta años. Y de repente, todo cambió. No, no me la encontré con otro tío en la cama. Eso fue ayer.

Marta era actriz. Bueno, jamás había ejercido remuneradamente. Se había formado mucho. Había andado en mil proyectos: cortos, obras teatrales... No vio un duro, pero, por Dios, ¡cuánto arte!

El caso es que la escogieron para una peli. Le suponía sólo trece días de trabajo. Pero era un principio. Por fin su carrera iba a despegar. Ella se imaginaba trabajando con los mejores directores. Y yo me imaginaba acompañándola a los estrenos con un claro y determinante objetivo: tener una perspectiva detallada del escote de Paz Vega.

Dejó su trabajo en la tienda y ¡tachán!: ¡a rodar! Desde entonces (hace setecientos noventa y cinco días), nada. Ni un solo trabajo remunerado como actriz. Bueno sí, algún extra, alguna cosa sin importancia. Pero claro, su oportunidad estaba por llegar. En breve, la iban a descubrir

Algo que nunca llega y algo que se fue para siempre. Sus ingresos del paro. Necesitábamos un sueldo más y se volcó por completo en su búsqueda. Sí, hizo todo lo que se podía hacer desde el sofá de casa, en pijama y perdiendo las mañanas junto a su querida AR. Pero claro, yo no entendía nada. Yo no sabía lo que significa vivir en pareja. Pues guapa, dejarte sodomizar por mi mejor amigo no es el mejor comportamiento para nuestra relación.

Digamos que nuestros ahorros se han ido al carajo. La hipoteca chupa más que la sanguijuela de mi novia. Casi el sesenta por ciento de mi sueldo se lo quedan mis coleguillas del banco. Y el otro cuarenta se nos escapa, simplemente, viviendo. Y el bucle se regenera y se regenera.

–Quiero que sepas que entiendo el sacrificio que haces por mí. Por eso, del uno al diez te quiero mil –me decía de vez en cuando.

Tu mejor amigo. Es un título estúpido y egoísta. Sí, no les llamamos así por méritos propios. Lo hacemos para sentirnos especiales. Para creer que tenemos a alguien especial a nuestro lado.

Marcos, mi mejor amigo. Moreno, alto, guapo, sonriente. Siempre hizo muchas cosas por mí. Me enseñó a ir en bicicleta. Me explicó como se desabrocha un sujetador. Con él compartí la mayoría de mis primeras veces. Él estudió para ganar mucho dinero. Ahora que lo hace, tan sólo

habla de los últimos aparatos tecnológicos que se ha comprado y de las chicas que se ventila. Pues no, Marcos, de Marta no hablaremos.

No sé qué me jode más: si la infidelidad o el topicazo que estoy viviendo. Huérfano. Sin padres. Cornudo. Salí algo más pronto de la oficina. Fue extraño, pues en esta época, el volumen de trabajo acumulado es tan alto que raro es el día que no hago dos o tres horas extra no remuneradas. Viva las condiciones laborales.

El caso es que llegué a casa y oí unos gemidos poco habituales procedentes de la habitación. Vale, sabía perfectamente lo que estaba escuchando. Alguien estaba coitando en la habitación. Pero hasta que no lo ves con tus propios ojos, deseas con todas tus fuerzas que sean poco habituales. Avancé por mi hipotecado piso. Llegué a la habitación. Abrí la puerta. Y allí estaban. Ella perruna, comiendo almohada. Él, de rodillas, en modo fontanero. Encima de las sábanas de Fidelcolor azul turquesa que escogimos juntos.

–Cariño, ¿qué haces tan pronto en casa? –atinó a decir ella mientras recuperaba una postura más digna para comunicarse conmigo. Yo, estupefacto, no reaccionaba.

Nuestra vida sexual era pobre para mi gusto. En mis tiempos mozos había disfrutado del placer de muchas mujeres. Bueno, no sé si de muchas. Las suficientes para probar un poco de todo. O por lo que yo considero un poco de todo.

Pero Marta era tan perfecta, tan dulce, tan clásica en la cama. Yo respetaba eso. Lo suyo eran los preliminares, los besos y el misionero. Yo arriba, ella abajo, y Dios en el corazón de los dos. No me malinterpretéis. El misionero está bien. Es tan placentero que durante siglos ha sido la posición más popular. Pero cuando comes caviar, al final, acaba sabiendo a vulgaridad. Era aburrido, predecible. Algunas veces, parecido a masturbarse. Otras, aportaba un punto adolescente que me generaba cierto morbo. Y al final, la imaginación se corría un par de rondas. Y de veces.

Y entonces me vino a la cabeza. Deseaba, con todo mi dolor, una “magnum del cincuenta-y-cinco”. No sé por qué, cuando pienso en pistolas, siempre me viene a la cabeza ese modelo. No tengo ni idea de qué tipo de pistola es. Ni por qué tengo ese modelo grabado en mi subconsciente.

Y ella no pudo callarse, no. Tuvo que hablar. De hecho, se había sentado y tapado con las sábanas. Cosa muy inteligente, pues yo jamás la había visto como Dios la trajo al mundo.

–Cariño, te lo puedo explicar. Esto no es lo... bueno sí, pero no es importante. ¿Por qué has salido tan pronto del trabajo?

–Por lo visto, para joderte a ti el plan.

Me di media vuelta. Salí de casa. Me fui a caminar. Ambos empezaron a acribillarme a llamadas. A mensajes. “Lo siento. Lo siento. Lo siento. Tenemos que hablar. Del uno al diez te quiero un millón”.

Así que apagué el móvil. Caminando, llegué a casa de mi hermana. Mi gemela. Huérfana como yo. Martina Martínez Martín. En efecto, mis padres eran unos cachondos mentales. Eran cirujanos, los dos. Sí, tenían poco tiempo libre para pensar en nombres. Ella era mi otra mitad habitante de otros cuerpo.

Martina olía mi estado de ánimo a la legua. Estos últimos meses me he comportado como un autómatas que pulula por su vida sin aliento. Pero ella, al abrir la puerta, lo entendió. Ayer sucedía algo más. Me dejó pasar, me invitó a sentarme, me hizo una tila.

–Tienes que hablar con ella. Tienes demasiadas preguntas en la cabeza. Y ya sabes que la imaginación sólo te va a jugar malas pasadas.

–No quiero saber nada de ella. No quiero nada de ella. Me importa una mierda.

–Mira, si te quieres hacer el duro delante de tus amigotes, haz lo que te dé la gana. Pero en esta casa los sentimientos se comparten. El dolor y la decepción te invaden, tío. Acéptalos y lucha contra ellos, no contra Marta. Si tiene que acabarse, debes afrontarlo.

–¿Por qué, Martina? ¿Por qué coño me hace esto?

–Cosas de actrices. Te haré otra tila y a la cama, que mañana trabajas.

–Del uno al diez la odio mil.

Ah, sí, mi gran trabajo. Nací con alma de artista. Pero jamás desarrollé ninguna habilidad para plasmar mis inquietudes. No cantaba, no pintaba, no esculpía. Así que estudié historia del arte. Luego hice un máster en comisariado en Londres. Lo más.

Mi trabajo. Lo menos. Tengo talento para dar a conocer artistas, promoverlos, ascenderlos. Crear exposiciones, recorridos culturales, el arte de explicar el arte. Pero mi suerte no tiene el talento suficiente para guiarme por ese camino.

Trabajo, desde hace más de cinco años, en el CCCB: el Centro de Cultura Campestre de Barcelona. Es una institución pública que se dedica a promover a los artistas autóctonos de las zonas menos pobladas por los circuitos nacionales e internacionales. O sea, que damos notoriedad a cuatro paletos sólo porque viven en el campo. Claro, allí tienen menos posibilidades, pobres. Y Dios sabe que el mundo se perdería grandes artistas. El estado se gasta burradas en promocionar esas zonas sólo porque existe la ley del fantástico *Hondt*. Sus votos valen más que el mío. Debemos cuidarles.

Mi cargo, mis funciones, mis quehaceres, se resumen en un término: gestor cultural. Que tiene un sinónimo: secretaria. Si bien coordino exposiciones, cualquier oficinista eficiente puede ejercer mi cargo sin haber estudiado en la Art School of London.

Pasemos lista. Hipoteca de mierda, presente. Trabajo horroroso, presente. Novia zorra, presente. Amigo traidor, como lo pille poco va a estar presente. Ahorros, en el presente, ninguno.

Siempre he tenido una extraña obsesión por los viajes. Son una vía de escape. Me voy a la otra punta del mundo y allí descargo mis pesares emocionales. Esa nube interior desaparece y vuelvo nuevo. Perfumado. Con el motor en marcha. Hace mil noventa y cinco días que no he cogido un avión. La hipoteca, las responsabilidades, la falta de dinero, la presión emocional de Marta.

Así que mi hermana me había prestado (o regalado) dinero para que me fuera de viaje solito. ¡Me voy tres semanas a Cuba! Lo necesito. Más que nunca. Debo sacarme de la cabeza esas imágenes que escuecen, latentes, en la retina. Y qué mejor para dejar volar la imaginación que el país del comunismo, la salsa y el ron. En cincuenta y cinco días estaré volando hacia la isla.

Todos estos pensamientos se esfuman cuando entro en el despacho de María. María, la arpía. Hemos tardado 20 segundos en llegar. El ascenso. No me puedo creer que me lo vaya a dar a mí. Hombre, si la empresa concediera una distinción al pringado del año, mi casa estaría plagada de medallas. Qué le vamos a hacer, soy un perfeccionista.

–Martín, eres una de las piezas clave de este departamento. Por eso, tu esfuerzo debe ser recompensado.

Qué bien. Un ascenso. Más dinero. Y en breve, Cuba. Tengo una amiga, Alicia, muy *new-age*. De la sarta de bobadas que me ha llegado a decir, me quedo con una. La felicidad no es un estado, es una postura. Sabemos de sobras que los barceloneses nacemos con un máster de postureo debajo del brazo. Ojo, al hablar de posturas, no me refiero a Marcos perforando el bonito trasero de mi novia. De mi ex-novia. Me refiero a una

actitud. La arpía sigue hablando.

–Por eso te he defendido a capa y espada delante de las altas esferas. Sabes que, a pesar de que tengamos nuestras diferencias, me gusta mucho tu estilo. Y te aprecio.

Dirás que me tienes miedo. Que me ves como la más absoluta de tus competencias y que me comes la oreja para que siga siendo dócil. María, qué gran jefa. María, la arpía. Bellísima persona de puertas para fuera. Conversadora, amable, amiga de sus amigos, buena vecina, mejor esposa, solidaria, apacible y miembro del 3C. La presión del trabajo le puede. Disimula su ansiedad con gritos que vienen siempre a destiempo. Camufla su inseguridad con destructivos e injustos comentarios. María se compra los mismos zapatos en varios colores y, hasta el último momento, no decide con qué par se queda. Luego, devuelve los colores que no le interesan.

–Como sabrás, había un ascenso pendiente. Desde que Juan dejó la dirección del Departamento de Audiovisuales, existe esa vacante.

Bingo. Director de Audiovisuales Campestres. El sueño de mi vida.

–Pero, verás, con la crisis y todo el percal económico... la dirección debe recortar. Así que, de momento, yo asumiré la dirección de ese departamento.

–¿Cómo?

–No creas, para mí es una putada. Tendré más trabajo por el mismo sueldo.

Aquí la única putada es el mismo hecho de tu existencia. María, la arpía, en su estado natural. Mi corazón es una bomba de relojería. Pum, pum. Una llama de rabia florece en mi interior. Debo controlarme. Necesito el dinero. Pum, pum.

–Lo siento, quería que fuera para ti. A ver si el año que viene hay una partida y... En fin, hay otro tema. Tus vacaciones.

–Joder, María, ¿qué les pasa?

–Pues nada, que los jefes te necesitan dos semanas en agosto.

–¿En agosto? Pero, ¡mi viaje a Cuba!

Pum, pum, pum, pum. Empiezo a sentir un calor intenso, flameante, por todo el cuerpo. Parece que alguien me quema por dentro con mil cerillas a la vez. Pum, pum. Veo algo borroso. Me concentro. Pum, pum. Me

controlo. Intento no coger la silla y estampársela en la cabeza. Pum, pum.

–Sí, ya, es lo primero que pensé cuando me lo dijeron. De verdad, he intentado por todos los medios que no te obligaran a cambiarlas.

¿Por todos los medios? ¿Así que también te acostaste con uno de los *consellers* cómo hiciste para entrar en el departamento? Pum, pum. Empiezo a respirar con dificultad. Necesito ese viaje. Ella lo nota. Me desabrocho un botón de la camisa. Pum, pum.

–Dicen que correrán con los gastos del viaje. Tranquilo, ya habrá otra oportunidad. Ya sabes, la crisis y todo eso.

–Que le den a la crisis. ¿Así que no tienen dinero para un lugar de trabajo que ha existido durante más de veinte años pero me pueden reembolsar el billete?

–Martín, contrólate, tienes derecho a enfadarte, pero no aquí. ¿Qué pensará el resto de la oficina? Ve a casa, háblalo con Marta.

–Marta, ahora mismo, debe tener el rabo de mi mejor amigo metido hasta la garganta. Así que lo tiene complicado para hablar –Pum, pum, pum, pum–. Y que yo sepa no es ventrílocua. Una desalmada y una pésima actriz, sí, pero ventrílocua... de momento, no.

Pum, pum, pum, pum. Me levanto extasiado. Me falta el aire, debo estar haciendo treinta inspiraciones por segundo. Pum, pum, pum, pum. El cuello me arde. También el resto de mi cuerpo. María me habla, pero no la oigo. Estoy inmerso en una especie de burbuja opresora que presiona cada uno de los poros de mi piel. Quema. Pum, pum, pum, pum. Mi alma se calcina. Desearía que el tiempo se detuviera, aunque fuera un segundo. Lo justo para coger aire, tomar perspectiva y recuperar el aliento y la sonrisa falsa.

Pum, pum, pum, pum. Ella parece preocupada. No sé si me voy a desmayar. O a despegar. Suerte que no tengo una magnum del 55 en las manos. Pum, pum, pum, pum. Ella se acerca. No sé si viene a sostenerme. O a gritarme. O a echarme del despacho. El mundo fluye lento. Muy lento. Tanto que desquicia. Pero mi corazón late a mil por hora. Parece que una masa negra se esté expandiendo dentro de mí, absorbiendo mi cordura y con ella, mi esencia.

–Martín, ¿estás bien?

Pum, pum, pum, pum. La arpía coloca su mano sobre mi espalda. A lo mejor se preocupa por mí. Sí, no me quiere echar la bronca. Quiere que me tranquilice. Pero ya es tarde. Mi ser se desparrama por la habitación.

Y, entonces, sucede. La quietud empieza a gobernar a todo ser viviente. El tiempo... el tiempo se detiene.